SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
TURISMO/12
DOMINGO 12 DE DICIEMBRE DE 1999

ITALIA
El pueblo de los murales

CHUBUT
Parque Nacional Los Alerces

Un paisaje DE CUENTO

LAGOS AZULES, VERDES MONTAÑAS Y TODOS LOS ROJOS DE LAS ROSAS SILVESTRES: EL MÁGICO ARCO IRIS DEL VERANO EN BARILOCHE

TIEMPO Y DINERO

El dólar en América latina

Bolivia: 5,92
Brasil: 1,86 reales
Colombia: 1900 pesos
Chile: 538 pesos
México: 9,46 pesos
Paraguay: 3305 guaraníes
Perú: 3,45 nuevos soles
Venezuela: 641 bolívares
Uruguay: 11,5 pesos

El cambio en Buenos Aires

Libras esterlinas: 0,61
Francos franceses: 6,42
Francos suizos: 1,56
Marcos alemanes: 1,91
Pesetas: 163
Liras: 1998
Yen: 102,39

CLIMA EN EL MUNDO *

Ciudad	Max.	Min.	Condiciones
Amsterdam	8	4	nuboso
Asunción	27	20	lluvia
Atenas	18	11	nuboso
Berlín	8	4	variable
Bogotá	19	7	nuboso
Bonn	8	3	lluvia
Brasilia	27	18	nuboso
Bruselas	7	4	nuboso
Caracas	27	17	lluvia
Ciudad El Cabo	23	16	nuboso
Copenhague	7	5	nuboso
El Cairo	21	10	despejado
Estocolmo	5	-10	despejado
Ginebra	7	2	lluvia
Guatemala	25	13	nuboso
Johanesburgo	26	15	nuboso
La Habana	30	21	lluvia
La Paz	19	7	nuboso
Lima	24	14	nuboso
Lisboa	15	10	nuboso
Londres	9	6	despejado
Los Angeles	16	6	nuboso
Madrid	4	1	niebla
Managua	31	21	despejado
Manila	26	22	despejado
México	22	6	despejado
Miami	27	19	nuboso
Montevideo	28	15	despejado
Montreal	7	-5	lluvia
Moscú	2	-4	nuboso
Nueva York	14	6	despejado
Oslo	3	-3	nieve
Panamá	34	23	despejado
París	7	4	nuboso
Pekín	8	-3	despejado
Praga	7	0	nuboso
Quito	23	10	variable
Río de Janeiro	27	22	nuboso
Roma	13	1	nuboso
Sgo. de Chile	25	12	despejado
Santo Domingo	31	22	nuboso
Sao Paulo	29	20	nuboso
Tegucigalpa	27	15	nuboso
Tokio	15	8	despejado
Viena	5	-1	nuboso
Washington	13	4	nuboso
Zurich	6	2	lluvia

* Datos del día viernes 10 de diciembre.

Fotos: Florencia Podestá


ARTE MODERNO EN LA FACHADA DE UN ANTIQUÍSIMO EDIFICIO.


LA CAMPIÑA NEVADA DESDE UNA TRATTORIA EN LO ALTO DEL CERRO DE DOZZA.

Enclavada en una colina y protegida por una fortaleza medieval, la pequeña ciudad de Dozza es una obra de arte en sí misma: muros, puertas, ventanas y recovas son el bastidor urbano donde artistas plásticos derramaron su imaginación en litros de pintura. Desde la década del '60, Dozza es la sede de la Biennale del Muro Dipinto. Además del arte, la cultura del vino.


FORTALEZA LA ROCCA.

ITALIA: CERCA DE BOLONIA, ARTE

La ciudad de los

Por Florencia Podestá

La Emilia-Romagna es una región de tradiciones muy antiguas y particulares. Cada pueblo se distingue como si fuese un reino aparte, aunque tenga 500 habitantes y aunque sólo lo separen 10 kilómetros del próximo pueblo. Tal como ocurre en el resto de Italia, cada metro que se avanza o retrocede define un carácter especial, costumbres, una historia y hasta una lengua propia.

A sólo 15 kilómetros de la ciudad de Bolonia, camino a la ciudad de Imola, está Dozza, una pequeña joya desconocida para el turismo que guarda una sorpresa muy especial. Enclavada en una colina, es el ejemplar perfecto de ciudad medieval amurallada. Está guardada por la Rocca Sforzesca, una fortaleza desproporcionadamente grande, que se construyó en el siglo XIII para defender la ciudad. Y es que, a pesar de su tamaño tan pequeño, Dozza tiene un pasado atormentado. Hace casi un milenio, Dozza se vio implicada en las guerras interminables entre Bolonia e Imola, aliándose a veces con una y a veces con la otra. Esta extraña política la convirtió en blanco de fuegos cruzados y por eso tuvieron que construir tamaña torre de vigilancia y fortaleza.

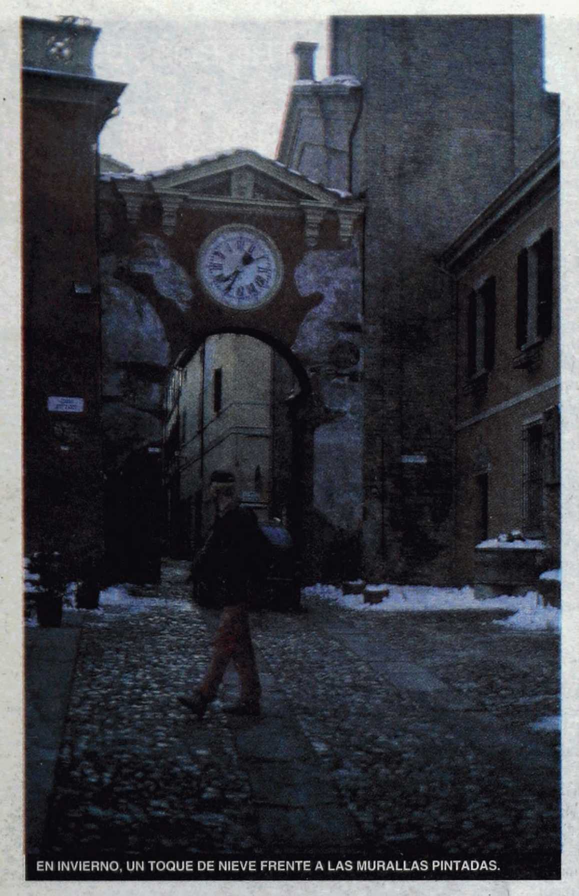
Cuando finalmente llegamos al pueblo, vemos que su ubicación privilegiada es en verdad única: circundada por sus murallas, ocupa la cumbre plana y redonda del cerro más alto a la vista. Toda Dozza es una terraza gigante; desde cualquier punto es posible ver las hermosas colinas cultivadas, las vides, el verde perlado de los olivos brillando sobre los primeros manchones de nieve otoñal.

La fortaleza hoy tiene la función más mundana de alojar la prestigiosa Enoteca Regionale de Emilia-Romagna, una especie de jardín de las delicias para los amantes de los vinos. El fuerte marca la entrada a la ciudad, a la que accedemos pasando bajo los portales de las murallas que cruzan las calles de lado a lado. Y entonces nos encontramos con la sorpresa, aquello que hace de Dozza una ciudad sin par. Desde las pequeñas casas medievales, desde los muros antiquísimos nos miran imágenes insólitas. Una mujer baila en dos dimensiones al costado de una puerta. Una ventana real forma parte de una casa pintada en medio de un paisaje fantástico. Imágenes agresivas, o imágenes que se integran sutilmente con los tonos pastel de los frentes. Personas, formas, animales o seres indefinidos, sólo definidos por el color, rompen con estrépito todas las ideas preconcebidas sobre un típico pueblito medieval europeo.

Biennale del Muro Dipinto

El secreto de Dozza es la Biennale del Muro Dipinto, un concursofestival de arte pictórico que desde la década del '60 ocurre cada dos años en septiembre. Lo singular es que la "carne" de las obras son los edificios públicos, las murallas y las propias casas particulares de los habitantes de la ciudad, que ceden a ojos cerrados muros, puertas, ventanas y recovas para que los artistas hagan lo suyo con total libertad. "En aquella época había mucho movimiento en nuestra región", dice Simone Franceschetti, un veterano residente que se asoma a una ventana sobrevolada por un dragón multicolor de estilo chino. "Yo tenía veintitantos, éramos todos medio hippies y muchos queríamos dedicar la vida al arte. Aquí y en pueblos vecinos se organizaban a cada rato concursos de pintura, de escultura, de música, y un buen día a algunos se les ocurrió hacer algo diferente. Entonces nació el concurso del Muro Pintado, y así cada casa se convirtió en un bastidor potencial." Nos sorprende que una ciudad entera aceptara semejante innovación. "No fue tan fácil", explica Simone y se ríe solo. Al parecer, a algunas familias no les causaba mucha gracia que las fachadas casi milenarias de sus casas se viesen cubiertas de arte pop. "Los italianos son muy conservadores, acá hasta los comunistas son conservadores", ironiza Simone.

Murales: ***En cuatro décadas se fueron acumulando innumerables obras de arte en cada casa. Una simple caminata por la ciudad es una aventura estética permanente.***



EN INVIERNO, UN TOQUE DE NIEVE FRENTE A LAS MURALLAS PINTADAS.



MURALES DE COLORES INTENSOS EN LAS CALLEJUELAS MEDIEVALES.

MODERNO EN UN PUEBLO MEDIEVAL

muros pintados

Pero con el tiempo las cosas cambiaron. El festival comenzó a atraer visitantes de todas partes, con beneficios generales para la ciudad, cosa que convenció a los más reticentes. A fines de los '60 se convirtió en unaverdadera bienal de arte moderno, en la que participaban prestigiosos críticos de arte, periodistas y grandes maestros de la pintura nacional e internacional, y así continúa hasta el día de hoy. Sobre los muros de Dozza puede encontrarse tanto la obra de un maestro célebre como la de un joven pintor desconocido. Estos tesoros se acumulan año a año, dando lugar a la paradoja de una ciudadela que se preserva medieval y que a la vez transforma y renueva su rostro permanentemente.

Los "dozzanos" se enorgullecen de que el concurso no solamente premie la calidad estética de la obra sino su contenido ético. "Las obras tienen que comunicar valores humanos, aunque sean abstractas", dice enigmáticamente el encargado de la Pinacoteca pública que funciona en la segunda planta del Palacio de la Rocca (la fortaleza); da fe de que en ocasiones se llegó a declarar el primer premio desierto cuando las pinturas no alcanzaban la tan huidiza condición de "obra comprometida". En la Pinacoteca se conservan los bocetos y estudios preparatorios de cada edición de la bienal. También pueden verse varios trabajos de artistas participantes considerados maestros de la pintura contemporánea europea; para evitar su deterioro, estas pinturas se "rescataron" de los muros mediante una técnica dificilísima.

Las calles de empedrado desparejo y gastado nos llevan por cada recoveco de la ciudad. En cuatro décadas se fueron acumulando innumerables obras de arte en cada casa, lo que convierte una simple caminata por la ciudad en una aventura estética permanente. Hay pintura abstracta, figurativa, realizada con diferentes técnicas; una ventana deja ver algunas sombras en movimiento, pero no, es sólo una pintura, casi mágica en sus efectos sobre la mirada. Después de algún tiempo en Dozza, nuestras certezas perceptivas empiezan a tambalear, y como cartesianos espontáneos comenzamos a poner en duda lo que nos dicen los sentidos.

El lugar de reunión por excelencia en Dozza es una especie de barrestaurant-trattoría-fonda de aspecto modesto. Acá se pueden probar los vinos y las especialidades locales: tortellini, ragú y lasagna. Pronto nos percatamos de algo: acaso el interior es poco pretencioso porque lo que atrapa la atención está afuera; el bar cuelga sobre un balcón natural que da a un precipicio, con la llanura ondulada varios cientos de metros abajo, cruzada de parcelas nevadas, líneas de vides y olivos plateados. Las "paredes" del bar, lógicamente, son sólo un gran ventanal ante la vista más bella de la ciudad.

Los alrededores de Dozza también son interesantes. Podemos recorrer caminando o a caballo la hermosa campiña cultivada de olivos, damascos y vides. También podemos visitar –o alojarnos por 100 dólares la noche– en el Monte del Re, un antiguo monasterio del año 1200, que ahora es un atípico hotel, ubicado en un bellísimo parque creado por los monjes hace siglos.

La cercana Imola, la única ciudad cuya planta urbana fue diseñada por Leonardo da Vinci, es otra visita posible. Allí se realizan las baccanales (fiestas) gastronómicas, de las que también participa Dozza.

Datos útiles

Alojamiento: en Dozza, el Hotel Monte del Re (100 dólares) en el antiguo monasterio (tel.: 0039 532 977105, fax: 0039 532 970238), o la posibilidad más económica (entre 20 y 30 dólares) de alquilar una habitación en algún "affita camere". **Cursos en la Enoteca Regionale Emilia-Romagna:** tel.: (0039) 542 6780889, fax: (0039) 542 678073, email: enoteca@tin.it

NOTICIERO

Revista con vuelo

Azul, un color que evoca la limpidez de los cielos sin turbulencias, es el nombre que eligió Dinar Líneas Aéreas para su nueva revista de a bordo. La compañía anunció el lanzamiento de la publicación y explicó sus características y contenidos: se editará bimestralmente con una tirada de 20.000 ejemplares y en sus 68 páginas los pasajeros encontrarán notas sobre viajes, comunicación, economía, estilos de vida, marketing y negocios, además de columnas de opinión, reportajes y secciones especiales (Internet, Yo Consumidor, etc.). Si el pasajero no puede superar su aprensión a los aviones, no debe preocuparse. Con la lectura de *Azul*, el tiempo de vuelo pasará volando.

El salto del canguro

La aerolínea australiana Qantas celebró su primer año de operaciones en Argentina. Hace doce meses arribó al país el vuelo inaugural Wunala Dreaming, una aeronave Boeing 747-400 decorada con motivos aborígenes australianos. Desde entonces se duplicó la capacidad original de la ruta a Australia y Oceanía que hasta el año pasado sólo cubría Aerolíneas Argentinas. Los directivos de Qantas están muy entusiasmados con los resultados que se traducen en las altas tasas de ocupación de sus vuelos. Qantas opera dos vuelos semanales a Sydney vía Auckland, saliendo los días sábados y lunes a la madrugada. La aerolínea ya está usando para la totalidad de sus vuelos las aeronaves reconfiguradas Boeing 747-400 que incluyen las tres clases y completan la ruta Buenos Aires-Auckland-Sydney en 16 horas de vuelo.

El mundo en un sitio

Internet sigue facilitando la realización de los viajes. Este año se puso en marcha *123vendido.com*, un sitio en la web dedicado a la comercialización de productos y servicios de turismo. Consultando este sitio, los viajeros pueden comprar pasajes aéreos, reservar alojamiento, cruceros, alquilar autos y hasta comprar en el free shop. Cliquear y ... ¡listo el viaje!

VERANO ENTRE BOSQUES, LAGO

Bariloche enc

Cuando llega el verano, Bariloche se viste con todos
El azul de los lagos, el verde de las montañas y los inf
rivalizan para formar uno de los paisajes más herm

Por Graciela Cutuli

Por muy conocidos que sean los paisajes de Bariloche, vistos en miles de postales, revistas, fotos de viajes de egresados o películas, son de una hermosura que siempre asombra. No importa la época del año: hay quienes prefieren el invierno, cuando todo se pone blanco y la temporada de esquí forma un vaivén entre la cumbre de los cerros y los refugios donde se prepara chocolate caliente; hay quienes aman el otoño, con toda la gama de colores que va del rojo al amarillo; y quienes no cambiarían por nada del mundo el paisaje que ofrecen los lagos y montañas en primavera y verano, cuando todo el renacimiento de la naturaleza se traduce en rosas por doquier, retamas en flor, lagos intensamente azules y bosques que se prestan para descubrir una increíble variedad de flores silvestres. Aunque el turismo masivo hizo de Bariloche una de sus ciudades preferidas, los circuitos tradicionales siempre tienen algo nuevo que ofrecer, y los ríos, montañas, bosques y lagos de la región se volvieron ideales también para las aventuras.

Bosques de Bambi



Gracias a la diversidad de las especies que forman los bosques, los verdes de Bariloche son muy cambiantes. La isla Victoria, la más grande del Nahuel Huapi (31 kilómetros cuadrados), es en gran parte una reserva inaccesible que conserva el bosque nativo, además de un sector donde fueron adaptadas plantas llevadas desde todo el mundo, como una gigantesca sequoia típica de los bosques californianos. Puerto Blest, en cambio, permite acceder a uno de los lugares más lluviosos del país, que favorece el crecimiento de grandes especies como el coihue y el alerce. Pero sin duda el árbol más célebre de la región es el arrayán, con su corteza siempre fría de color canela, que forma en la península Quetrihué un paisaje fantástico, esa típica postal que casi nadie deja de asociar con el bosque de Bambi. Ya sea en verano, cuando la densidad del bosque mantiene una permanente frescura y oscuridad entre las pasarelas de madera por donde circulan los visitantes, o en invierno, cuando el bosque se cubre de blanco después de cada nevada. Aquí los arrayanes, que en otros lugares no pasan de ser arbustos aislados, se adensan y levantan hacia el cielo alcanzando hasta 18 metros de altura: una altura que en algunos casos les ha llevado hasta tres siglos conseguir.

El más tradicional

Los 70 kilómetros del Circuito Chico se recorren tradicionalmente en medio día, pero la belleza de las perspectivas desde sus miradores son un verdadero imán para los fotógrafos, que suelen demorarse largamente en el circuito. El paseo comienza en la avenida Bustillo, bordeando el lago Nahuel Huapi, y avanza entre sinuosas curvas sobre las cuales florecen en esta época cientos de retamas. Después de pasar Playa Bonita, frente a la cual surge la isla Huemul –donde hace años hubo un vano intento de desarrollar energía nuclear– se llega al cerro Campanario, en el kilómetro 17. Los 1050 metros de altura del Campanario, fáciles de ascender gracias a una aerosilla, ofrecen una vista como para quitar el aliento: islas, brazos del lago y montañas se extienden contra la línea del horizonte lo suficientemente lejos como para lograr una impactante visión de conjunto, y lo suficientemente cerca como para que ningún detalle del paisaje quede fuera del alcance. Desde aquí se divisan los lagos Nahual Huapi y Moreno, la isla Victoria, el hotel Llao Llao, la península San Pedro y la laguna El Trébol, además de los cerros López, Goye, Catedral y Otto. Más adelante, el hotel Llao Llao y la cercana capilla San Eduardo, sobre la península Llao Llao, tienen una de las ubicaciones privilegiadas de Bariloche. Pasando el cercano Puerto Pañuelo se atraviesa un bosque de coihues y se llega al puente donde se unen el Nahuel Huapi y el lago Moreno, hasta volver a tomar la avenida Bustillo. En el camino se puede parar en el torrentoso arroyo López, que pasa entubado por debajo del camino, o tomar el desvío hacia la Colonia Suiza, el asentamiento de los pioneros alpinos que se establecieron en Bariloche a principios de siglo. Hoy quedan muchas plantaciones de frutillas, frambuesas y bayas, que se consumen frescas recién cosechadas o se destinan a la fabricación de dulces caseros, una de las especialidades de los artesanos de la zona, además de los infaltables chocolates. Una granja-museo permite conocer más sobre la historia de la colonia y de sus fundadores, entre ellos la familia Goye, que dio nombre al arroyo que atraviesa estas tierras. Además, desde los campings de Colonia Suiza parten varios senderos y picadas que permiten subir a las montañas y lagunas cercanas.

Muy cerca del centro de Bariloche, el cerro Otto (un homenaje a Otto Meiling, pionero del esquí y el montañismo en la región) también se asoma a una hermosa vista del Nahuel Huapi y sus islas, como la particular isla Corazón. Aunque se puede subir en auto, es tradicional tomar el teleférico que en 12 minutos lleva a la cumbre, a 1400 metros, donde funciona una confitería giratoria. Afuera, donde en invierno todos los que se animan se tiran en trineo sobre la nieve, en primavera y verano se puede pasear por los bosques de lenga floridos o bien animarse a la aventura del parapente: se ofrecen vuelos dobles, con instructor, para mirar el lago tal como lo miran los pájaros. El complejo del cerro Otto, además, incorporó en los últimos años una curiosa exposición artística: se trata de las réplicas de tres esculturas de Miguel Angel –el David, la Piedad que se encuentra en el Vaticano y el Moisés– en tamaño natural, llevadas a

Cerro Otto: *En primavera y verano se puede pasear por los bosques de lengas floridos o bien animarse a la aventura del parapente para mirar el lago tal como lo miran los pájaros.*

Bariloche desde Florencia.

Bosques y lagos del sur

Desde Puerto Pañuelo, punto de partida de las excursiones lacustres que llevan a la isla Victoria, se puede zarpar también rumbo a la cascada Los Cántaros y el lago Frías: en ambos casos, durante todo el camino los catamaranes son literalmente perseguidos por interesadas gaviotas en busca de alimento. Durante la navegación por el brazo Blest del Nahuel Huapi, se pasa frente a la Isla Centi-

Alejandro Elias



CUANDO EL VERANO DERRITE LA NIEVE, LOS COLORES ENCIENDEN EL FANTÁSTICO PAISAJE DE BARILOCHE.

VERANO ENTRE BOSQUES, LAGOS Y MONTAÑAS

Bariloche encantado

Cuando llega el verano, Bariloche se viste con todos los colores del arco iris. El azul de los lagos, el verde de las montañas y los infinitos rojos de las rosas rivalizan para formar uno de los paisajes más hermosos de la Argentina.

Graciela Cutuli

Por Graciela Cutuli

Por muy conocidos que sean los paisajes de Bariloche, vistos en miles de postales, revistas, fotos de viajes de egresados o películas, son de una hermosura que siempre asombra. No importa la época del año: hay quienes prefieren el invierno, cuando todo se pone blanco y la temporada de esquí forma un vaivén entre la cumbre de los cerros y los refugios donde se prepara chocolate caliente; hay quienes aman el otoño, con toda la gama de colores que va del rojo al amarillo; y quienes no cambiarían por nada del mundo el paisaje que ofrecen los lagos y montañas en primavera y verano, cuando todo el renacimiento de la naturaleza se traduce en rosas por doquier, retamas en flor, lagos intensamente azules y bosques que se prestan para descubrir una increíble variedad de flores silvestres. Aunque el turismo masivo hizo de Bariloche una de sus ciudades preferidas, los circuitos tradicionales siempre tienen algo nuevo que ofrecer, y los ríos, montañas, bosques y lagos de la región se volvieron ideales también para las aventuras.

Bosques de Bambi

Gracias a la diversidad de las especies que forman los bosques, los verdes de Bariloche son muy cambiantes. La isla Victoria, la más grande del Nahuel Huapi (31 kilómetros cuadrados), es en gran parte una reserva inaccesible que conserva el bosque nativo, además de un sector donde fueron adaptadas plantas llevadas desde todo el mundo, como una gigantesca sequoia típica de los bosques californianos. Puerto Blest, en cambio, permite acceder a uno de los lugares más lluviosos del país, que favorece el crecimiento de grandes especies como el coihue y el alerce. Pero sin duda el árbol más célebre de la región es el arrayán, con su corteza siempre fría de color canela, que forma en la península Quetrihué un paisaje fantástico, esa típica postal que casi nadie deja de asociar con el bosque de Bambi. Ya sea en verano, cuando la densidad del bosque mantiene una permanente frescura y oscuridad entre las pasarelas de madera por donde circulan los visitantes, o en invierno, cuando el bosque se cubre de blanco después de cada nevada. Aquí los arrayanes, que en otros lugares no pasan de ser arbustos aislados, se adensan y levantan hacia el cielo alcanzando hasta 18 metros de altura: una altura que en algunos casos les ha llevado hasta tres siglos conseguir.

El más tradicional

Los 70 kilómetros del Circúito Chico se recorren tradicionalmente en medio día, pero la belleza de las perspectivas desde sus miradores son un verdadero imán para los fotógrafos, que suelen demorarse largamente en el circuito. El paseo comienza en la avenida Bustillo, bordeando el lago Nahuel Huapi, y avanza entre sinuosas curvas sobre las cuales florecen en esta época cientos de retamas. Después de pasar Playa Bonita, frente a la cual surge la isla Huemul –donde hace años hubo un vano intento de desarrollar energía nuclear– se llega al cerro Campanario, en el kilómetro 17. Los 1050 metros de altura del Campanario, fáciles de ascender gracias a una aerosilla, ofrecen una vista como para quitar el aliento: islas, brazos del lago y montañas se extienden contra la línea del horizonte lo suficientemente lejos como para lograr una impactante visión de conjunto, y lo suficientemente cerca como para que ningún detalle del paisaje quede fuera del alcance. Desde aquí se divisan los lagos Nahual Huapi y Moreno, la isla Victoria, el hotel Llao Llao, la península San Pedro y la laguna El Trébol, además de los cerros López, Goye, Catedral y Otto. Más adelante, el hotel Llao Llao y la cercana capilla San Eduardo, sobre la península Llao Llao, tienen una de las ubicaciones privilegiadas de Bariloche. Pasando el cercano Puerto Pañuelo se atraviesa un bosque de coihues y se llega al puente donde se unen el Nahuel Huapi y el lago Moreno, hasta volver a tomar la avenida Bustillo. En el camino se puede parar en el torrentoso arroyo López, que pasa entubado por debajo del camino, o tomar el desvío hacia la Colonia Suiza, el asentamiento de los pioneros alpinos que se establecieron en Bariloche a principios de siglo. Hoy quedan muchas plantaciones de frutillas, frambuesas y bayas, que se consumen frescas recién cosechadas o se destinan a la fabricación de dulces caseros, una de las especialidades de los artesanos de la zona, además de los infaltables chocolates. Una granja-museo permite conocer más sobre la historia de la colonia y de sus fundadores, entre ellos la familia Goye, que dio nombre al arroyo que atraviesa estas tierras. Además, desde los campings de Colonia Suiza parten varios senderos y picadas que permiten subir a las montañas y lagunas cercanas.

Muy cerca del centro de Bariloche, el cerro Otto (un homenaje a Otto Meiling, pionero del esquí y el montañismo en la región) también se asoma a una hermosa vista del Nahuel Huapi y sus islas, como la particular isla Corazón. Aunque se puede subir en auto, es tradicional tomar el teleférico que en 12 minutos lleva a la cumbre, a 1400 metros, donde funciona una confitería giratoria. Afuera, donde en invierno todos los que se animan se tiran en trineo sobre la nieve, en primavera y verano se puede pasear por los bosques de lenga floridos o bien animarse a la aventura del parapente: se ofrecen vuelos dobles, con instructor, para mirar el lago tal como lo miran los pájaros. El complejo del cerro Otto, además, incorporó en losúltimos años una curiosa exposición artística: se trata de las réplicas de tres esculturas de Miguel Angel –el David, la Piedad que se encuentra en el Vaticano y el Moisés– en tamaño natural, llevadas a Bariloche desde Florencia.

> **Cerro Otto:** *En primavera y verano se puede pasear por los bosques de lengas floridos o bien animarse a la aventura del parapente para mirar el lago tal como lo miran los pájaros.*

Bosques y lagos del sur

Desde Puerto Pañuelo, punto de partida de las excursiones lacustres que llevan a la isla Victoria, se puede zarpar también rumbo a la cascada Los Cántaros y el lago Frías: en ambos casos, durante todo el camino los catamaranes son literalmente perseguidos por interesadas gaviotas en busca de alimento. Durante la navegación por el brazo Blest del Nahuel Huapi, se pasa frente a la Isla Centinela, donde está sepultado el gran pionero de la región: el Perito Moreno, a quien se le debe la creación de los Parques Nacionales en estas tierras de belleza fantástica que exploró en el siglo pasado, trabando relación con los indígenas andinos y marcando los límites argentinos. Ya en Puerto Cántaros, se sigue a pie por un sendero que se interna en la selva valdiviana hasta los miradores sobre la laguna Los Cántaros, cuyas aguas forman el salto del mismo nombre. Al volver, se puede elegir en Puerto Blest entre caminar por los senderos de la zona o embarcarse nuevamente por las aguas del lago Frías, desde donde se divisa el imponente cerro Tronador. Al mismo Tronador se puede acceder entrando por el lago Mascardi, para subir después a pie por el valle del río Manso hasta el Ventisquero Negro. Desde hace miles de años la cima de la montaña está cubierta por una gruesa capa de hielo, que al deslizarse o desmoronarse arrastra rocas y sedimentos con un estrépito impresionante, que le valió al cerro –el de máxima altura del Parque Nacional, con 3478 metros– el nombre de Tronador. Cuando se llega al cerro en auto, por la Ruta Nacional 258, que lleva también a la cascada Los Alerces, hay que tener en cuenta que la estrechez del camino obliga a alternar la circulación de la ruta: por la mañana se sube, por la tarde se baja. En la misma zona, el río Manso –cuyos rápidos se encargan de desmentir su nombre– es uno de los preferidos de los amantes del rafting. El Manso sigue un caprichoso recorrido desde el Tronador, descendiendo hacia el Atlántico pero luego cambiando de rumbo y yendo hacia el sur, alejándose de la cordillera. Sin embargo, más adelante vuelve a modificar su dirección, y vuelve hacia las montañas, cruzándolas para desembocar en el Pacífico: la zona, entonces, pertenece a la Cuenca del Pacífico, y merece así el señalador de "Divisoria de Aguas" que se encuentra entre los lagos Gutiérrez y Mascardi.

Circuito Grande y los Siete Lagos

Con un poco más de tiempo, ya que el trayecto de 250 kilómetros requiere casi todo el día, el llamado "Circuito Grande" es otro de los más bellos de Bariloche. Comienza en la ruta 237 y atraviesa el valle del río Limay ("Cristalino", en la lengua de los mapuches), un nombre que podrían haber recibido cualquiera de los ríos o lagos que asoman en medio de un paisaje bellísimo, único gracias a las caprichosas formas que el viento moldeó en las rocas. Es el "Valle Encantado", donde la imaginación tiene campo libre para bautizar las formaciones rocosas que asoman por el camino. Siluetas de animales, perfiles humanos y muchas otras formas rivalizan en extrañeza al recortarse nítidamente contra el cielo claro de la Patagonia: el "Dedo de Dios", el "Penitente", el "Castillo"... El circuito sigue avanzando hacia el mirador del lago Traful, un acantilado de 70 metros de altura que domina el espléndido paisaje, y luego hacia Villa Traful: una ocasión más para pararse a almorzar o tomar el té, acompañado por chocolates, alfajores caseros y dulces regionales. Atravesando la selva valvidiana, se empalma luego con la Ruta de los Siete Lagos, que lleva hasta San Martín de los Andes. En el camino, Villa La Angostura, nacida al pie del centro de esquí del Cerro Bayo, conserva todo el encanto de las pequeñas villas de montaña que se perdió un poco en Bariloche por las grandes dimensiones de la ciudad. En verano, a falta de nieve, una de las excursiones favoritas de los caminantes que llegan hasta la "angostura" que lleva a la Península Quetrihué es el trekking por tierra hasta el bosque de arrayanes.

Graciela Cutuli

Datos útiles

Isla Huemul: Salidas diarias en catamarán desde Puerto San Carlos (frente al Centro Cívico). Tel. (02944) 425457.
Cerro Otto: Avenida de los Pioneros Kilómetro 5. Telefax (02944) 441031. Ascenso en teleférico: $ 20.
Cruce de los Lagos: Catedral Turismo, Bartolomé Mitre 399, Bariloche. Teléfono (02944) 425443.
Centro de Salmonicultura: Piscicultores de la Universidad Nacional del Comahue organizan visitas guiadas sobre el ciclo vital de las truchas. Cabaña con degustación de truchas, salmones y otras especialidades patagónicas. Teléfono (02944) 461021.
Cabalgatas a Chile: Cabalgatas Power, teléfono (02944) 4068-303068.
Buceo en Bariloche: (Bahía Anchorena, bosque sumergido del Lago Traful): Nave del Tiempo, Mitre 339 Local 12 (Galería Arrayanes). Teléfono (02944) 433773.
Rafting y descenso de ríos de montaña: Mitre 86, Local 5. Teléfono (02944) 424854.
Parapente, escuela de vuelo: Cerro Otto-Cerro Catedral. Tel (02944) 4066852403.

Graciela Cutuli



COMO EN LOS CUENTOS INFANTILES, UN ENANO MUY COLORIDO ENTRE BOSQUES Y FLORES SILVESTRES.

Alejandro Elias


CUANDO EL VERANO DERRITE LA NIEVE, LOS COLORES ENCIENDEN EL FANTÁSTICO PAISAJE DE BARILOCHE.

Graciela Cutuli



Graciela Cutuli

Datos útiles

Isla Huemul: Salidas diarias en catamarán desde Puerto San Carlos (frente al Centro Cívico). Tel. (02944) 425457.
Cerro Otto: Avenida de los Pioneros Kilómetro 5. Telefax (02944) 441031. Ascenso en teleférico: $ 20.
Cruce de los Lagos: Catedral Turismo, Bartolomé Mitre 399, Bariloche. Teléfono (02944) 425443.
Centro de Salmonicultura: Piscicultores de la Universidad Nacional del Comahue organizan visitas guiadas sobre el ciclo vital de las truchas. Cabaña con degustación de truchas, salmones y otras especialidades patagónicas. Teléfono (02944) 461021.
Cabalgatas a Chile: Cabalgatas Power, teléfono (02944) 4068-303068.
Buceo en Bariloche: (Bahía Anchorena, bosque sumergido del Lago Traful): Nave del Tiempo, Mitre 339 Local 12 (Galería Arrayanes). Teléfono (02944) 433773.
Rafting y descenso de ríos de montaña: Mitre 86, Local 5. Teléfono (02944) 424854.
Parapente, escuela de vuelo: Cerro Otto-Cerro Catedral. Tel (02944) 4066852403.

Graciela Cutuli

COMO EN LOS CUENTOS INFANTILES, UN ENANO MUY COLORIDO ENTRE BOSQUES Y FLORES SILVESTRES.

os colores del arco iris.
nitos rojos de las rosas
osos de la Argentina.

ela, donde está sepultado el gran pioero de la región: el Perito Moreno, quien se le debe la creación de los Parques Nacionales en estas tierras le belleza fantástica que exploró en l siglo pasado, trabando relación con os indígenas andinos y marcando los ímites argentinos. Ya en Puerto Cánaros, se sigue a pie por un sendero ue se interna en la selva valdiviana asta los miradores sobre la laguna Los Cántaros, cuyas aguas forman el alto del mismo nombre. Al volver, e puede elegir en Puerto Blest entre aminar por los senderos de la zona embarcarse nuevamente por las guas del lago Frías, desde donde se ivisa el imponente cerro Tronador. Al mismo Tronador se puede acceder entrando por el lago Mascardi, para subir después a pie por el valle del ío Manso hasta el Ventisquero Negro. Desde hace miles de años la cima de la montaña está cubierta por una gruesa capa de hielo, que al deslizarse o desmoronarse arrastra rocas y sedimentos con un estrépito impresionante, que le valió al cerro –el de máxima altura del Parque Nacional, con 3478 metros– el nombre de Tronador. Cuando se llega al cerro en auto, por la Ruta Nacional 258, que lleva también a la cascada Los Alerces, hay que tener en cuenta que la estrechez del camino obliga a alternar la circulación de la ruta: por la mañana se sube, por la tarde se baja. En la misma zona, el río Manso –cuyos rápidos se encargan de desmentir su nombre– es uno de los preferidos de los amantes del rafting. El Manso sigue un caprichoso recorrido desde el Tronador, descendiendo hacia el Atlántico pero luego cambiando de rumbo y yendo hacia el sur, alejándose de la cordillera. Sin embargo, más adelante vuelve a modificar su dirección, y vuelve hacia las montañas, cruzándolas para desembocar en el Pacífico: la zona, entonces, pertenece a la Cuenca del Pacífico, y merece así el señalador de "Divisoria de Aguas" que se encuentra entre los lagos Gutiérrez y Mascardi.

Circuito Grande y los Siete Lagos

Con un poco más de tiempo, ya que el trayecto de 250 kilómetros requiere casi todo el día, el llamado "Circuito Grande" es otro de los más bellos de Bariloche. Comienza en la ruta 237 y atraviesa el valle del río Limay ("Cristalino", en la lengua de los mapuches), un nombre que podrían haber recibido cualquiera de los ríos o lagos que asoman en medio de un paisaje bellísimo, único gracias a las caprichosas formas que el viento moldeó en las rocas. Es el "Valle Encantado", donde la imaginación tiene campo libre para bautizar las formaciones rocosas que asoman por el camino. Siluetas de animales, perfiles humanos y muchas otras formas rivalizan en extrañeza al recortarse nítidamente contra el cielo claro de la Patagonia: el "Dedo de Dios", el "Penitente", el "Castillo"... El circuito sigue avanzando hacia el mirador del lago Traful, un acantilado de 70 metros de altura que domina el espléndido paisaje, y luego hacia Villa Traful: una ocasión más para pararse a almorzar o tomar el té, acompañado por chocolates, alfajores caseros y dulces regionales. Atravesando la selva valdiviana, se empalma luego con la Ruta de los Siete Lagos, que lleva hasta San Martín de los Andes. En el camino, Villa La Angostura, nacida al pie del centro de esquí del Cerro Bayo, conserva todo el encanto de las pequeñas villas de montaña que se perdió un poco en Bariloche por las grandes dimensiones de la ciudad. En verano, a falta de nieve, una de las excursiones favoritas de los caminantes que llegan hasta la "angostura" que lleva a la Península Quetrihué es el trekking por tierra hasta el bosque de arrayanes.

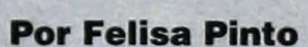
La lejana ciudad de Nueva Zelanda –una de las mecas del rugby– se ha convertido en un destino interesante. Además de ser un punto de apoyo hacia Australia, Indonesia o las Islas Fiji, Auckland tiene todo el encanto de una ciudad emplazada sobre colinas frente al mar. Excursiones a islas y playas impecables.

AUCKLAND, LA GRAN CIUDAD DE NUEVA ZELANDA

En la ruta al Pacífico Sur



LA BUCÓLICA TIERRA DE LOS MEJORES JUGADORES DE RUGBY DEL MUNDO.



LA MODERNA TORRE DE AUCKLAND.

Por Felisa Pinto

Auckland se ha ido convirtiendo en un destino frecuente para muchos argentinos. Lo han determinado así razones puramente turísticas, como meta más novedosa que el viaje europeo o norteamericano tradicional; razones deportivas, desde que Nueva Zelanda y Australia son mecas del rugby, y también razones comerciales y migratorias. Además, Auckland funciona como un punto de apoyo intermedio para avanzar hacia la vasta y variada Australia y para llegar a las islas turísticas de Indonesia o a las apacibles Fiji. Sin embargo, esta circunstancia de escala en el inmenso océano Pacífico no debiera reducir su significación como destino autónomo.

Auckland es una bella ciudad emplazada sobre colinas de origen volcánico y en consecuencia, llena de subidas y bajadas, con interesantes perspectivas sobre el mar y sobre las islas próximas, posibilidad que se acrecienta cuando el visitante sube a la empinada torre de la ciudad, alarde de modernidad. Es la ciudad mayor de Nueva Zelanda con un puerto hiperactivo, lleno de trasbordadores, yates y embarcaciones convencionales de gran porte. Después del rugby paradigmático, los deportes náuticos concitan la afición de los neocelandeses y particularmente de los habitantes de Auckland y sus alrededores residenciales.

La arquitectura victoriana y eduardiana ha ido cediendo paso en estos años recientes a la expresión urbanística del capitalismo corporativo, con sus grandes estructuras de acero, vidrio y cemento premoldeado, que tiende a igualar a todas las ciudades prósperas del mundo, en una suerte de homogeneidad igualadora y convencional. Sin embargo, la peculiar situación orográfica de Auckland le permite conservar originalidad y personalidad ciudadana.

Auckland tiene excelentes hoteles, con presencia de casi todas las cadenas hoteleras occidentales y orientales. Lo último, en parte, porque al igual que algunas ciudades de Australia, se han puesto en la mira de los países emergentes del sudeste asiático y del Japón. Los asiáticos ven explicablemente con admiración estas ciudades limpias, con *British Order*, y relativamente poco pobladas.

Excursiones isleñas

Auckland es la base para excursiones, tanto hacia los alrededores, como hacia el norte de esta isla septentrional. Una de las más próximas es a la isla de Devonport, a la que se llega rápidamente por medio de ferries que parten con breve intermitencia. El paseo permite unas vistas aventajadas sobre todo el golfo de Hauraki y de las otras islas. También ofrece una perspectiva sin igual sobre el centro de Auckland. Devonport se ha transformado en un lugar residencial para los habitantes de la gran ciudad, con un ambiente relajado, no por ligeramente bohemio menos sofisticado. Parece aconsejable dedicarle una mañana y un medio día para lo cual tiene buenos restaurantes, ocasión en la cual el gourmet, o el miembro de la especie más común del aspirante a tal, no debiera olvidar los vinos neocelandeses. Aunque menos famosos que los soberbios tintos del sur de Australia, tiene Nueva Zelanda viñedos y bodegas de muy interesante nivel. No menos interesante, aunque un poco más alejada es Waiheke, donde hay una vida más informal, más alternativa, que al argentino le recuerda Punta del Este de los años 60.

Entre las otras excursiones, hacia el norte, destaca con singularidad la de la Bahía de las Islas, donde se puede contemplar –admiración intensa para los playeros empedernidos– la Ninety Miles Beach, una playa de arena impecable que se extiende por alrededor de 125 kilómetros y que en cualquier época del año evoca con fuerza las glorias del verano. Pero la gran especialidad de este paseo es la excursión náutica hacia la Roca Horadada, un peñasco perforado por la erosión que emerge del mar a varias millas marinas de la costa. Con buen tiempo, la embarcación cruza por ese hueco y el viajero es consciente de una experiencia única, que explica al mismo tiempo el terror y la atracción míticas del mar y del navegar. Es algo que sabían bien los maoríes, los hazañosos polinesios de las Islas de la Sociedad que en el siglo XVII, luego de navegar meses en canoas, poblaron Nueva Zelanda, para luego ser abatidos en el siglo XIX por la mera superioridad industrial-militar del imperio británico. Hay sin embargo una irónica revancha de los maoríes: son los mejores jugadores de rubgy.

CHUBUT: PARQUE NACIONAL LOS ALERCES

Gigantes de la Patagonia

El bosque de alerces de más de 30 metros de altura y 2700 años de antigüedad que se encuentra en la provincia del Chubut es uno de los grandes tesoros naturales de nuestro país. Un mosaico patagónico de lagos, ríos y bosques. Excursiones, paseos y una buena taza de té galés.

A sólo 50 kilómetros de la ciudad de Esquel hay un lugar poblado de gigantes: son los árboles de 30 metros de altura que nacieron hace más de 2700 años y que atesora el Parque Nacional Los Alerces. En sus 260.000 hectáreas, el parque concentra toda la magnificencia de la selva fría patagónica: lagos y ríos cordilleranos rodean a los colosales alerces y a los bellísimos arrayanes, mientras antiguos glaciares como el Torrecillas reflejan en sus paredes de hielo el azul traslúcido del cielo.

Desde la pequeña villa enclavada en el parque se pueden realizar diversas excursiones, aunque quizá la más impactante es la travesía por los lagos Futalaufquen, Verde, Menéndez y Rivadavia navegando por los ríos que los enlazan en un itinerario deslumbrante. La mirada no alcanza para abarcar tantas perspectivas y lejanías, y mucho menos parecen alcanzar los rollos de película para capturar esas imágenes. Además de los turistas, fotógrafos, pescadores y navegantes codician estos lugares de aguas cristalinas en cuyas márgenes arboladas se divisan los troncos color canela de los arrayanes. Los lagos Cisne, Kruger, Stange y Chico completan este mosaico natural que preserva el parque, uno de los más importantes del país.

La villa del parque cuenta con algunas hosterías, como Cume Hue, Futalaufquen y Quima Quipan, y el camping y cabañas Bahía Rosales, entre otros establecimientos.



Fotos Juan Castro



UN PASEO A BORDO POR LOS LAGOS, RÍOS Y BOSQUES DEL PARQUE LOS ALERCES.

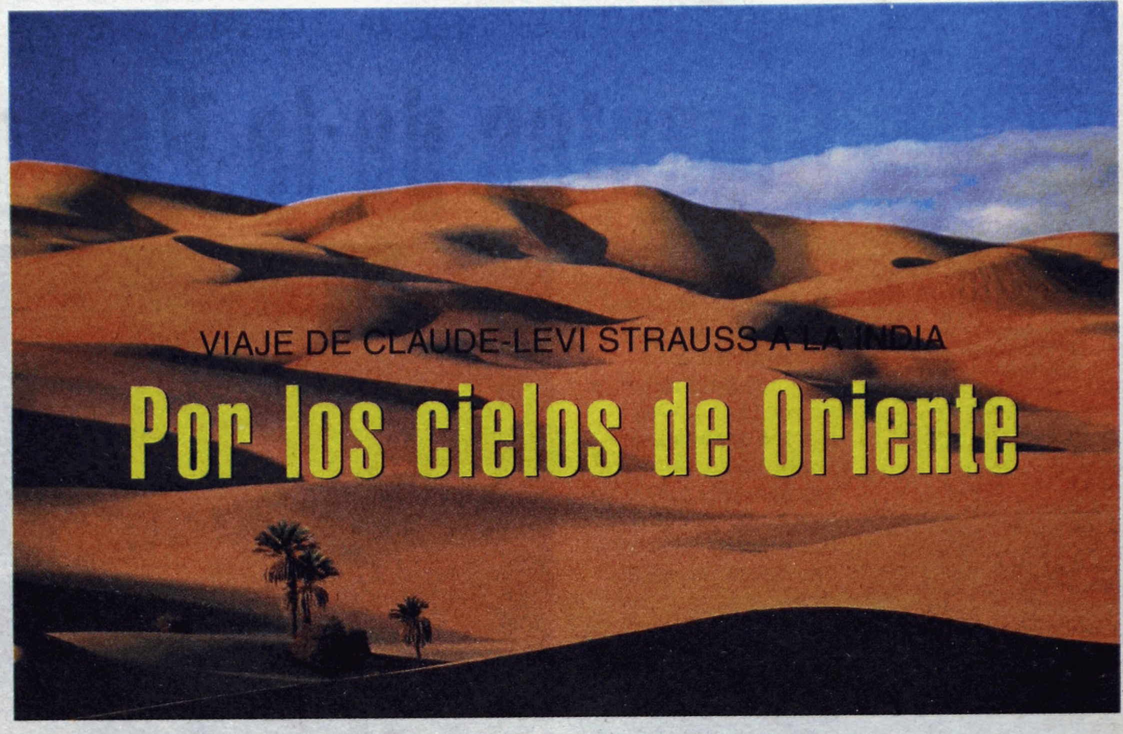
De pueblo en pueblo

Otra de las excursiones que se pueden hacer en la zona es el paseo en el Viejo Expreso Patagónico que atraviesa espléndidos paisajes. El tren sale de Esquel y termina en El Maitén, un pueblo pintoresco, muy ordenado y hospitalario.

Dejando la vía férrea y retomando la ruta, a sólo 22 kilómetros de Esquel se encuentra Trevelín, otro pueblo patagónico cuya historia está marcada por la colonización galesa. Enclavado en el valle 16 de Octubre, ofrece diversos tipos de alojamiento y servicios turísticos. Por supuesto, el recorrido por Trevelín no debe excluir la visita al museo Gales, instalado en el edificio del molino harinero, y el imperdible té galés. Lugar de colonos, sus habitantes también señalan a los turistas el sitio donde está la tumba del Malacara, el caballo que salvó al pionero Evans cuando los indígenas lo corrieron de sus tierras ancestrales. Hoy, los descendientes de los aborígenes viven en una colonia próxima al lago Rosario, en cuyas aguas se puede pasar una buen día de pesca. En el centro artesanal de la colonia, los turistas también podrán admirar y comprar originales trabajos de telar.

Excursiones: ***Quizá la más impactante es la travesía por los lagos Futalaufquen, Verde, Menéndez y Rivadavia navegando por los ríos que los enlazan.***

Por Claude-Lévi Strauss



VIAJE DE CLAUDE-LEVI STRAUSS A LA INDIA

Por los cielos de Oriente

Un vuelo en avión puede transformarse, hoy por hoy, en una rutina casi cotidiana. No, sin embargo, a los ojos del etnógrafo belga Claude-Lévi Strauss que hacia fines de los años 50 planean con suavidad sobre los verdes del Nilo, las brumas del desierto y los ríos y arrozales de la India.

Una vez que se atraviesa el Mediterráneo, el avión encara Egipto y la vista se sorprende con esa grave sinfonía del verde oscuro de las palmeras, el verde del agua (que desde ahora uno puede llamar "Nilo" con toda justicia), la arena color crudo y el limo violeta. El plano de las aldeas visto desde el avión sorprende más aún que el paisaje: mal incluidas en su perímetro, presentan un desorden complicado de casas y de callejuelas que dan testimonio del Oriente. ¿No es esto lo opuesto del Nuevo Mundo, tanto del español como del anglosajón, que ya en el siglo XVI afirma como en el XX su predilección por los planos geométricos?

Después de Egipto el vuelo sobre Arabia va acompañado por una serie de variaciones sobre el mismo tema: el desierto. Primero, rocas semejantes a castillos de ladrillos rojos en ruinas, que se elevan por encima del ópalo de las arenas; luego, los motivos complicados en forma de árboles horizontales –o mejor aún de cristales o de algas– trazados por el paradójico fluir de los *wadiz* en lugar de unir sus aguas las dispersan en finas ramas. Más lejos, la tierra parece como estrujada por algún monstruoso animal que se hubiera agotado en el esfuerzo de exprimirles el jugo a furiosos talonazos.

¡Qué tiernos colores los de esas arenas! Se diría un desierto de carnes: piel de durazno, nácar, pescado crudo. En Akaba, el agua a pesar de ser bienhechora, refleja un azul despiadadamente duro, en tanto que los inhabitables macizos rocallosos se funden en matices tornasolados.

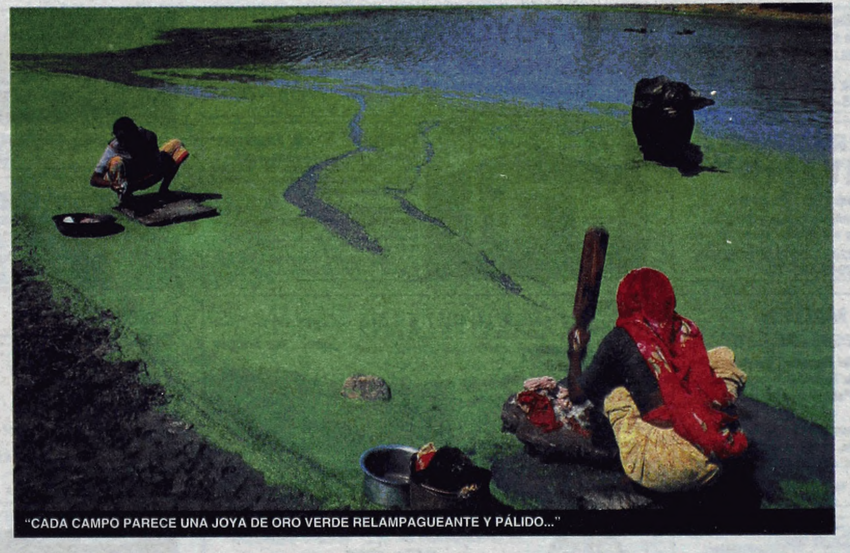
Hacia el final de la tarde la arena se borra progresivamente en la bruma: esa arena celeste que se une a la tierra contra el azul verdoso límpido del cielo. El desierto pierde inflexiones y accidentes. Se confunde con la tarde, inmensa masa rosa uniforme apenas más espesa que el cielo. El desierto se hizo desierto en relación a sí mismo. Poco a poco la bruma se extiende; ya no hay más que noche.

Después de la escala de Karachi, el día se levanta sobre el desierto del Tahar, lunar, incomprensible; aparecen pequeños grupos de tierra cultivada, aún separados por grandes extensiones desérticas. Con el día los cultivos se sueldan y presentan una superficie continua rosada y verde, como los colores exquisitos y marchitos de una tapicería muy antigua desgastada por un largo uso y zurcida sin descanso. Es la India.

Las parcelas son irregulares pero nunca desordenadas en su forma o su color. De cualquier manera que se las agrupe componen un conjunto equilibrado, como si hubieran meditado mucho su trazado antes de realizarlo; algo así como el ensueño geográfico de un Klee. Todo eso tiene una rareza, una preciosidad extrema y arbitraria aun a pesar de recurrir a un tema trinitario que asocia la aldea, los campos reticulados y el bosquecillo alrededor de un pantano.

La escala de Delhi presenta, a ras del suelo, la breve idea de una India novelesca, con sus templos en ruinas entre la maleza de un verde violento. Luego, las inundaciones. El agua se ve tan estancada, tan fangosa, tan densa, que más bien parece un aceite sobrenadando aguas que harían las veces de suelo. Volamos sobre Bihar, con sus colinas rocosas y sus selvas; luego comienza el delta: la tierra está cultivada hasta la última pulgada y cada campo parece una joya de oro verde relampagueante y pálido bajo el agua que lo impregna, rodeado por el perfecto reborde sombrío de sus setos. No hay ángulos arriscados, todos los límites son redondeados y sin embargo se ajustan unos con otros como las células de un tejido vivo. Más cerca de Calcuta, los caseríos se multiplican: chozas apiladas como huevos de hormiga en alvéolos de hierba cuyo intenso color resalta aún más por las tejas rojo oscuro de algunos techos. Cuando aterrizamos descubrimos que llueve a cántaros.

Después de Calcuta atravesamos el delta del Brahmaputra, río prodigioso, masa tan tortuosa que parece un animal. En derredor, hasta que la vista se pierde, la campiña se halla obliterada por el agua, salvo los campos de yute que desde el avión forman otros tantos cuadrados, de musgo cuyo verde parece haber exacerbado su frescura. Las aldeas rodeadas de agua emergen como ramos de flores. A su alrededor bullen algunas embarcaciones.


"CADA CAMPO PARECE UNA JOYA DE ORO VERDE RELAMPAGUEANTE Y PÁLIDO..."

Ubicada entre esa arena sin hombres y esa humanidad sin suelo ¡qué rostro tan equívoco ofrece esta India, tierra de los hombres! La idea que de ella me hago durante las ocho horas que dura la travesía de Karachi a Calcuta la desprende definitivamente del Nuevo Mundo. No es ni el riguroso embaldosado del *Middle West* o del Canadá, compuesto por unidades idénticas que sobre uno de los bordes, siempre en el mismo lugar, presentan los montones de granos correspondientes a cada granja, ni menos aún el profundo terciopelo de la selva tropical sobre la cual las regiones pioneras apenas comienzan a hacer mella a fuerza de audaces incisiones. El espectáculo de esta selva dividida en ínfimas parcelas y cultivada hasta el último arapende inspira a Europa, al principio, un sentimiento de familiaridad: esos tonos mezclados, esos contornos desiguales de los campos y de los arrozales que se repiten sin cesar en trazados diferentes, esos bordes indistintos y como remendados... sin duda es la misma tapicería; sin embargo, cuando la comparamos con las formas y los colores mejor delimitados de la campiña europea, nos parece mirarla del revés. (...).

*Lévi-Strauss, Claude: *Tristes Trópicos* (1953); Eudeba, Buenos Aires, 1970. Trad. de Eliseo Verón. (Texto seleccionado por Jorge Pinedo.)